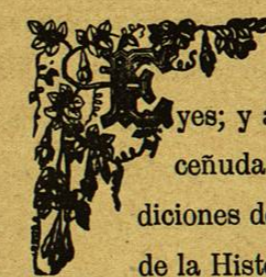


satisfacciones morales, y la proveyó en Grandpre, muy sensible de suyo y muy acostumbrado á tratar con los afligidos. Informado, primero de Septiembre, del movimiento que amenazaba las cárceles, recorriólas desde la hora del alba, y encontró en ellas numerosas gentes, arrestadas en los asaltos domiciliarios, conducidas allí la noche antes por mandatos judiciales no bien puestos y menos bien fundados, presa de agitaciones y de pánicos, habiéndoles prohibido toda comunicación directa ó indirecta con el exterior de la Comunidad revolucionaria; y les mueve á escribir aguardando tres horas sus cartas, y al tenerlas, pártese hacia los amigos y familias de aquellos infelices, con lo cual consigue que algunos sean reelamados, y á virtud de esta reclamación sueltos. Sin embargo, los asomos de un degüello se veían por todas partes como relampagueos precursores de la tempestad. Grandpre vino aterrado al ministerio de la Gobernación; esperó á que salieran del Consejo los ministros, en el salón reunidos, bajo la presidencia de Roland; y viendo aparecer á Danton el primero, acércase á él, describe con el sentimiento comunicado á su palabra por el odio y abominación de los crímenes tantos horrores como amenazan, pide para evitarlos una separación entre los prisioneros; y cuando estaba más patético, el ministro le interrumpe, saliéndosele de las órbitas los ojos, con voz semejante á un mugido de toro, el rostro demudado y le dice: «callad, bastante me cuido yo de vuestros presos: que se las arreglen como puedan». Los testigos de la escena retrocedieron horrorizados, al oír semejante respuesta en tan extraordinarias circunstancias.» Hasta aquí el relato de Madame Roland. Y pregunto yo; ¿se portó el ministro de la Gobernación, su esposo, mejor que se portara el ministro de la Justicia, su enemigo? La degollación de los realistas se condensó como una calamidad aérea, y al modo que los ciclones derriban copas de árboles, derribó el terror social cabezas de hombres. *Sic fâta voluere.*



CAPÍTULO VIGÉSIMO-CUARTO

La dinastía en el Temple; la Matanza en el Ayuntamiento; la Victoria en el Campo.



N estas observaciones sobre un fenómeno tan capital revolucionario, como la condensación del terror, hemos casi prescindido de los Reyes; y á los Reyes tenemos que volver, pues, destronados, rotos, reclusos en ceñuda torre, puestos sobre los potros del tormento, perseguidos por las maldiciones del pueblo y del cielo, todavía se nos aparecen como los protagonistas de la Historia y como los representantes de la sociedad. El arcópago europeo, desde la corte de Madrid hasta la corte de Petersburgo, todavía se desvive por ellos; las tropas de los dos irreconciliables enemigos, el Emperador de Austria y el Rey de Prusia, semejantes en sus mutuos odios á los tristes herederos del mártir Edipo, todavía se juntan y se reconcilian por ellos, olvidando sus respectivos agravios en una campaña común; el cura no juramentado, aun ortodoxo, ruega por sus regias personas en la misa, y levanta sus nombres á Dios, acompañados con el órgano, el incienso, el cáliz, la hostia; requiere la espada gentil el emigrado intransigente á su favor en las fronteras, creyendo que, leal á sus Reyes, no importa merecer ante la conciencia y ante la historia, el fundadísimo dictado de traidor á su patria; el conspirador ciego realista, caído en antros de conjuras ó tropezando en sirtes de intrigas, aguza el puñal histórico, para defenderlos por el asesinato, si lo cree necesario; y mientras el sayón rojo, estipendiado por la comunidad dictadora, salido del club con las embriagueces producidas por los aguardientes bebidos y por los discursos escuchados, hace rechinar los dientes en busca del pasto á su furor más